ORACIONES *breves*

CONDENADOS Y OLVIDADOS

A las afueras de la ciudad en lugares alejados y precintados
nos sentamos a llorar y a recordar nuestras familias;
sentimos el corazón triste y desolado, Señor Dios nuestro,
y ahora, despojados de todo, sin nada, sólo nos quedas Tú.

En los bancos del patio depositamos nuestras guitarras,
y el rumor del viento entre los cristales nos estremece el corazón;
en las nubes que navegan el cielo se van nuestros recuerdos e ilusiones;
y el camino nuevo lo soñamos sin sabes donde llegar.

Somos peregrinos, Señor, en busca del pan nuestro de cada día;
la tierra no tiene lugar donde acoger nuestra pobre tienda.
Día y noche; noche y día el camino se hace duro y desconocido,
y el corazón de los hombres se ha congelado a la compasión.

Nos piden, Señor, que cantemos y estemos alegres,
que dancemos con el colorido inigualable de nuestro ir y venir.
¿Cómo es posible cantar cuando el corazón está roto?
¿Cómo cantar nuestro dolor si a nadie le interesa?

No podemos, Señor, olvidar nuestras raíces ni nuestra historia;
no podemos desenraizarnos para entrar en el anonimato del desarraigo.
En nuestro corazón siguen brotando frutos propios y sabrosos
y no podemos perder la identidad que nos regala la felicidad.
No podemos olvidarnos de los nuestros, de la casa, de los hijos;
todo ese mundo es nuestro y lo perdimos por no poder vivirlo.

Que nuestra lengua se pegue al paladar si nos olvidamos de la vida;
que enmudezcan nuestros labios si olvidamos nuestra oración con la luz;
que callemos para siempre si no tenemos ganas de volver con los nuestros;
que seamos errantes siempre si no luchamos por lo que ahora somos.

Acuérdate, Señor, de nuestras pobres casas abandonadas;
bendice a nuestros hijos que crecen sin el cariño de unos padres;
sé tú misericordia y compasión con nuestros padres y nuestras esposas
y mantén sus vidas en pie, siempre en pie, hasta el regreso.

No queremos, Señor, devolver el mal a quienes nos trajeron hasta aquí;
no queremos la violencia para recuperar lo que era nuestro;
reconcilia a los hombres, hazlos buenos y que sean como hermanos,
y que tu tierra sea una gran casa para todos; aun para nosotros.

Alegra nuestro corazón peregrino en busca de una salida;
fortalece nuestra debilidad que lucha por sobrevivir;
da esperanza a nuestras vidas para que abandonemos el pozo de la marginación,
y que la fe en ti, Padre bueno, dé seguridad a nuestro pobre corazón.

(Salmo 136)